

# ***LAS QUINAS DE PORTUGAL***

**Tirso de Molina**

*PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:*

- Don ALFONSO Enríquez, conde de Portugal
- BRITO, pastor gracioso
- Don EGAS Muñiz
- Don GONZALO
- Una DAMA
- Algunos PORTUGUESES
- Don PEDRO
- GIRALDO, viejo
- ISMAEL, rey moro
- LEONOR, dama
- ZULEMA, moro
- Algunos MOROS
- Un ALFAQUÍ
- Un niño que hace a CRISTO

## JORNADA PRIMERA

*Toda la fachada del teatro ha de estar de arriba abajo llena de riscos, peñas y espesuras, de matas, lo más verosímil y áspero que se pueda, imitando una sierra muy difícil, con las circunstancias que se dirán después. Por lo más alto de estas breñas saldrá BRITO, rústico, con un bastón largo, disparando la honda, y por en medio de las diehas peñas sale el conde don ALFONSO Enríquez en hábito de caza, en cuerpo muy bizarro*

BRITO:           ¡Hao, que espantáis el cabrío!  
                  ¡Verá por dó se metió!  
                  ¡Valga el diablo al que os parió!  
                  ¡Echad por acá, jodío!  
                  ¡Teneos el embigotado!

ALFONSO:       Enriscado me perdí,  
                  pastor, acércate aquí.

BRITO:           ¿Acercáosle? ¡Qué espetado!  
                  Pues yo os juro a non de San  
                  que si avisaros no bonda  
                  y escopitina la honda  
                  seis libras de mazapán  
                  (mejor diré mazapiedra)  
                  ¡Hao, que se mos descarría  
                  ell ható!

ALFONSO:           Escucha.

BRITO:            ¡Aún sería  
                  el diablo! ¡Verá la medra  
                  con que mos vino! ¡Arre allá,  
                  hombre del diablo! ¿Estás loco?  
                  Ve abajando poco a poco,  
                  no por ahí, hancia acá,  
                  ¡Voto a San, si te deslizas!

ALFONSO:        Acerca, dame la mano.

*Acércanse*

BRITO: Que has de llegar a lo llano  
bueno para longanizas.

*Dale el cabo del bastón y tiénelo am-  
bos*

Agarraos a ese garrote.  
¿Quién diabros por aquí os trujo?

*Bajando*

Teneos bien, que si os rempujo  
no doy por vuestro cogote un pito.  
ALFONSO: ¿Qué sierra es ésta?

*Bajando BRITO hacia ALFONSO, asidos los dos al  
palo*

BRITO: La de Braga, hacia Galicia.

ALFONSO: ¡Notables riscos!

BRITO: Se envicia  
hasta el cielo.

ALFONSO: ¡Extraña cuesta!

BRITO: Llámase Espantaruínes.

ALFONSO: No sé yo que haya en España  
más escabrosa montaña.

BRITO: Mala es para con chapines.  
Dad acá la mano.

ALFONSO: Toma.

*Júntanse las manos y repara BRITO en el  
guante*

BRITO:       ¿Hay mano con tal blandura?  
O sois vagamundo o cura.  
Echad por aquesta loma  
con tiento. ¡Hao! Que caeréis.

*Van bajando poco a poco de las manos*

ALFONSO:     ¿Hay peñas más enriscadas?

BRITO:       ¡Manos de lana y peinadas!  
¡Qué guedejas, hao! Me oléis  
a poleo. ¡Pregue a Dios  
que no encarezcáis la lleña!

ALFONSO:     No malicies.

BRITO:               Pues ¿hay dueña  
que las traiga como vos?

ALFONSO:     ¿Nunca viste guantes?

BRITO:               ¿Qué?

ALFONSO:     Éstos. (Simple es el villano.) **Aparte**

*Descálzase uno*

BRITO:       ¡Aho, que os desolláis la mano!  
¿Estáis borracho? A la hé  
que debéis ser fechicero.  
El pellejo se ha quitado  
y la mano le ha quedado  
sana apartada del cuero.  
Las mías ell azadón  
las ha enforado de callos.  
Pues que sabéis desollallos,  
hacedme una encantación;  
o endilgadme vos el cómo  
se quitan, que Mari Pabros  
se suele dar a los diabros  
cuando la barba la tomo.

## *Bajando*

ALFONSO:        ¡Sazonada rustiqueza!

BRITO:        Por aquí, que poco falta  
                de la sierra.

ALFONSO:        Ella es bien alta  
                y escabrosa su aspereza.

BRITO:        Y decid, por vuesa vida,  
                ¿qué se puede desollar  
                la mano sin desangrar  
                quedando entera y garrida?

ALFONSO:        Anda, necio. La que ves  
                es una piel de cabrito  
                o cordobán.

BRITO:        ¡Pues bonito  
                soy yo!

ALFONSO:        Adóbanla después  
                y ajustándola a la mano  
                del polvo y sol la defiende.

BRITO:        ¿Sí? ¡Bueno! O sois brujo o duende.  
                Vos pensáis por lo serrano  
                burlarme. ¿No está apegada  
                con la carne a esotra?

ALFONSO:        No.

BRITO:        No os la vi desollar yo?

ALFONSO:        Estaba en ella encerrada  
                como tu pie en esa abarca.

BRITO:        Ataréislas por traviesas,  
                que ya yo vi manos presas  
                por retocar lo dell arca;  
                Mari Pabros mé pedía  
                la mía de matrimeño  
                y yo, como amor lo enseño,  
                dándole a esotra vacía  
                burlada se quedaría

*Ya están abajo*

si por Olalla la dejo,  
que hay mano que da el pellejo,  
pero no la voluntía,  
y porque ya estáis abajo  
adiós, que all hato me vó.

ALFONSO: Quiero desempeñar yo  
las deudas de tu trabajo.  
Toma este anillo.

BRITO: ¿Este qué?

ALFONSO: Sortija. Es de oro.

BRITO: Verá;  
mijores las hay acá  
de prata. Se le daré  
a Mari Pabros. Señor,  
¿qué es esto que relumbrina?

ALFONSO: Un diamante, piedra fina.

BRITO: Lo que llaman esprendor  
el cura y el boticario.

ALFONSO: ¿Quién?

BRITO: Un par de entendimientos  
que, a falta de pensamientos,  
mos habran extraordinario;  
y hay en nueso puebro quien  
mos avisa esto que oís,  
echan al centeno anís  
para que mos sepa bien;  
habran los dos tan profundo  
que los doy a Barrabás  
y porque no es para más,  
adiós, hasta el otro mundo.

*Vase*

ALFONSO: Dudo que puedan hallarme  
en tan distante espesura  
mis monteros. ¡Oh hermosura!  
Tú has venido a enajenarme  
de mi gente y de mí mismo.  
Es doña Elvira Gualtar

objeto digno de amar,  
pero en el hermoso abismo  
    que mi memoria atropella,  
anegadas mis pasiones  
falto a mis obligaciones.  
Dos ángeles tengo en ella,  
    dos niñas, que de mis ojos  
niñas han venido a ser  
para no dejarme ver  
más que sus bellos despojos.  
    Soy conde de Portugal,  
y por la madre y las hijas  
ocupaciones prolijas  
de un gobierno casi real  
    olvido. Pero ¿qué es esto?

*Suena música. Ábrese toda la  
montaña desde la mitad abajo, quedando descubierta  
una cueva capaz, toda entapizada de hiedra, flores y romeros,  
techos, paredes y suelo. En medio de una mesa de hierbas, y  
asentado en un peñasco, la cara a la gente, GIRALDO, viejo  
venerabilísimo, vestido de estera de palma, con algunos  
libros como que los estudia; a un lado de la puerta de la cueva una  
palma, colgando de ella las armas que aquí se dicen. Las  
peñas por donde bajó el ALFONSO, levantadas agora,  
servirán a la cueva de chapitel y toldo*

ALFONSO:     Los peñascos, obeliscos  
de esta sierra, entre sus riscos,  
dividiéndose, han compuesto  
    entre su nevado espacio  
un modo de solio regio  
..... [ -egio]  
que de la aurora es palacio;  
    las peñas sus capiteles,  
con majestad elevados,  
techumbres suplen dorados.  
Hierbas sirven de doseles  
    que, entretejidas de flores,



trepan sus ramas inquietas  
por jazmines y mosquetas  
con brazos escaladores.

Desde el verde pavimento  
hasta el florido artesón  
da causa a la admiración  
que le juzga encantamento.

Una senectud se eleva  
prodigiosa y venerable  
que, con respeto agradable,  
el centro ocupa a la cueva.

Trofeos son de esta palma  
la espada, yelmo y arnés.  
Algún héroe portugués  
por la milicia del alma  
los materiales olvida.

Libros, estudioso, hojea.  
¡Qué bien sus ocios émplea!  
¡Qué bien retirada vida!

Amagos muestra divinos.  
Toda el alma me ha robado.

*Quiere retirarse asombrado y levántase GIRALDO  
y sale deteniéndole*

GIRALDO: Detén, huésped deseado,  
el paso a tus descaminos.

Por dicha, ¿eres portugués?

ALFONSO: Por dicha y mucha lo soy,  
pues las dichas que medro hoy  
en verte son interés  
el más nuevo que jamás  
de mi discurso el exceso,  
apeteció.

GIRALDO: Según eso  
al conde conocerás  
Alfonso Enríquez.

ALFONSO: Criéme  
en su casa y compañía,  
y tanto de mí se fía,

que, para que más se extreme  
la privanza afectuosa  
con que siempre me estimó,  
podré decir que él y yo  
somos una misma cosa.

GIRALDO: Con eso ha calificado  
dignamente la elección  
de su mucha discreción;  
pero ¿quién lo ha derrocado  
por aquestos precipicios?

ALFONSO: Cazando, al conde perdí  
no muy distante de aquí.

GIRALDO: Son honestos ejercicios  
los que imitan la milicia,  
ensayando entre las fieras  
burlas que enseñan las veras  
cuando es menos la codicia  
de esa noble ocupación  
y goza de paz su estado.  
Yo sé que te habrá causado  
justamente admiración  
el verme, cuando penetras  
soledades enriscadas,  
colgar armas jubiladas  
y dar el ocio a las letras.

ALFONSO: Dices, padre, la verdad.

GIRALDO: Pues para que se la cuenten  
al conde, y los accidentes  
de la Fortuna en mi edad  
última con más consejos  
le hagan volver sobre sí,  
siéntate, joven, aquí,  
que los líquidos espejos  
de esta fuente y lo habitable  
de esta sombra, los acentos  
de las aguas y los vientos  
harán mi historia agradable.

*Siéntanse sobre dos peñas*

GIRALDO: En la ciudad de Oporto, donde el Duero,

para que nazca mar, expira río,  
flor en botón, nací del cano enero  
de un tronco generoso, padre mío.  
No sé, al nacer, lo que lloré primero,  
o su muerte o mi vida que rocío  
consume el sol que llora la criatura  
el breve tiempo que su aliento dura.

Huérfano, en fin, en mi inocente infancia,  
con poco amparo y menor herencia,  
la industria supo hacer a la ignorancia  
en mis primeros años resistencia.  
Entorpece ociosa la abundancia,  
y la penuria es toda diligencia.  
Ésta, pues, que el valor no desperdicia,  
me llevó, ya mancebo, a la milicia.

Vino a Castilla el conde don Enrique,  
hijo cuarto del duque de Borgoña,  
ramo del francés lirio a quien dedique  
triumfos la flor que en Portugal retoña,  
porque eterno en Alfonso se fabrique  
el regio asilo contra la ponzoña  
del Alcorán, y con mejor fortuna  
pise el sol de su cruz su media luna.

Sirvióse Alfonso el sexto de su espada,  
siempre fiel y a su lado vencedora;  
ya en su fortuna adversa, aunque amparada  
del toledano alarbe, si hay fe mora,  
ya en la propicia con la destinada  
muerte del rey, su hermano, que en Zamora  
infancias dio a Bellidos y escarmientos  
a monarcas que quiebran juramentos.

A la sombra, pues, yo de la milicia  
del héroe Enrique, borgoñón famoso,  
medré con su privanza, la noticia  
del marcial ejercicio siempre honroso  
rey en León, Castilla y en Galicia,  
Alfonso el sexto, y para mas honroso  
blasón que siempre el africano tema  
imperial en sus sienas la diadema.

A nuestro Enrique con su gente envía

por capitán de la conquista santa  
que oprime la otomana tiranía,  
llora la iglesia y la blasfemia canta.  
Partí con él, y mereció en Suría  
por muestra del valor que le adelanta  
del papa Urbano, que quién es conoce,  
que uno le elija entre sus pares doce,  
presuma numerar los que desata  
átomos, esa antorcha de los cielos,  
oro en la arena, en las estrellas plata,  
al viento soplos y a las aves vuelos.  
¿Quién a lo que hizo Enrique en Damia  
y en Antioquía atreva paralelos?  
Que no hay bastante, cuando afecte suma,  
bronces a estatuas ni a vitorias pluma.

Entró Godofredo, en fin, triunfante  
en la ciudad gloriosa en que la vida  
el Dios de Amor perdió de puro amante,  
ingrata, y de su púrpura teñida  
de aquella que creyéndola diamante  
Melquisedec fundó, y ennoblecida  
sobre cuantas el sol dora y conoce,  
metrópoli amparó en los tribus doce.

Allí, después que nuestro Enrique alcanza  
fama inmortal, que encarecer no puedo,  
único premio suyo, su alabanza,  
le enriqueció el glorioso Godofredo  
con el divino hierro de la lanza  
--bañado en gozo al referirlo quedo--  
hierro que abrió de amor todo el abismo,  
sangre a la redención, agua al bautismo.

Dióle más, una parte sacrosanta  
de la diadema regia, la corona  
que con tanta crueldad y espina tanta  
a Dios castiga, porque Dios perdona,  
de aquel árbol un trozo, aquella planta  
que la granada Augusta nos sazona,  
pechiabierta, purpúrea, coronada,  
que en el altar es pan, si allí granada.

Añadióle con esto una sandalia,

depósito preciso del aliño  
que produjo más flores que Thesalia,  
que vistió más purezas que el armiño,  
que el ámbar, que el almizcle, que la algalia  
que el amor, que el deleite, que el cariño,  
de Pafos de Pancaya en flores bebe,  
de María sandalia urna de nieve.

De Magdalena, como blanca espuma  
una toca de aquella enamorada  
pirauستا de su Dios, sin que consuma  
incendio tanto, tanta fe abrasada  
el brazo de San Lucas que en la pluma  
y en el pincel nos feria trasladada  
al oído la fe, copia a la vista,  
su médico, pintor y evangelista.

Victorioso volvió con tanta empresa  
a los brazos del rey, que le recibe  
en Toledo, triunfante, y le confiesa  
que en el Asia por él su fama vive.  
Premióle yerno suyo, con Teresa,  
carísima hija suya, y le apercibe  
a que por juro de heredad posea  
a Portugal y conde suyo sea.

Dióle en mi patria a la ciudad de Oporto,  
a Coimbra, a Viseo y las amenas  
regiones que en espacio y sitio corto  
bañan de Duero y Miño las arenas,  
la Beira y Tras os Montes; y le exhorto  
que debele las lunas sarracenas,  
a cuyos africanos desleales  
diez y siete batallas dio campales.

En Guimaraes su corte constituye,  
desde ella gana la ciudad de Ulises,  
la gran Lisboa, en quien el Asia incluye  
profética opresión de sus países.  
¡Oh Menfis española! El tiempo que huye  
con plumas de sus años, a que pises  
te destina los indios Dulimanes,  
de zamorines, chinos e hildocanes.

Con católicas mitras las cabezas

ciñó de Braga, hispana primacia,  
de Oporto y de Coimbra. ¿Qué grandeza  
no adquiriría a quien Dios su culto fía?  
En Viseo, en Lamego, entre asperezas  
otras dos catedrales también cría.  
Salomón en la paz, cuyos ejemplos  
pontífices colocan, labran templos.

Siempre a su lado yo, siempre valido,  
aliento su valor, sigo su fama;  
pero una vez, por verle divertido  
en los amores ciegos de una dama,  
de mis fieles consejos ofendido,  
mariposa a la luz de inquieta llama,  
de su corte y condado me destierra;  
trueco su indignación por esta sierra.

Vivido la he su huésped cuarenta años,  
colgando de esa palma, entre trofeos,  
escarmientos que medran desengaños,  
ambiciones que mueren en deseos.  
Las encinas robustas, los castaños,  
han suplido al sustento los recreos  
de la gula, que a tanto vivo incita,  
dichoso quien lo menos necesita.

Supe--no me preguntes de qué suerte--  
que cumplió el magno Enrique con la paga  
fatal, ejecutora al fin la muerte,  
y que con la condesa yace en Braga;  
que Alfonso Enríquez, cuyo brazo fuerte  
del valor heredero que propaga,  
no sólo en sus estados le sucede,  
sino que aventajarle en triunfos puede.

Que nació lastimando compasiones,  
pegadas con las piernas las rodillas,  
que don Egas Muñiz con oraciones  
mereció en su salud ver maravillas;  
que, joven, se sujeta a sus pasiones,  
y en vez de valeroso reprimillas,  
a una mujer las postra, por que iguale,  
haciendo que hile, a Alcides con su Onfale.

## *Levántanse*

¡Oh joven esclarecido! Tú eres éste,  
tu rama de Borgoña y de las lises  
del sexto Alfonso nieto manifieste  
en ti su sangre, porque alarbes pises;  
huye esa Circe, contagiosa peste;  
pues heredas a Ulises, sigue a Ulises,  
y no te canses en hacer buscarme,  
que hasta el mayor aprieto no has de hallarme.

*Éntrase GIRALDO en la cueva y clérrase  
como primero*

ALFONSO: Volvió a cerrarse la roca  
del prodigio pedernal,  
y aun no ha dejado señal  
de adónde tuvo la boca.  
Alma es que a su centro toca  
la senectud venerable  
de su huésped; cuanto afable,  
digno tanto de respeto,  
ocultómele, en efecto,  
su depósito admirable.

¡Válgame Dios! ¡Que de suerte  
me haya el veneno adormido  
de una beldad! ¡Que haya sido  
forzoso que me despierte  
un retrato de la muerte!  
¡Que sea tal el frenesí  
que sin seso apetecí,  
que ocasione de este modo  
a que se abra un monte todo  
para que yo vuelva en mí!

Predicóme un casi muerto  
que este sepulcro escondía,  
y aunque en desierto, alma mía,  
no es predicar en desierto;

túmulo es el que se ha abierto  
en este monte excesivo,  
y ya por él me apercibo  
a que, tirando la rienda,  
ni un mármol me reprehenda  
ni un muerto predique a un vivo.

*Salen don EGAS, don GONZALO, don PEDRO, BRITO y  
otros*

BRITO: Digo que según las señas  
que a sus mercedes oí,  
es el mismo que por mí  
no dio desde aquesas peñas  
al valle cogote abajo.  
El ha de ser un garzón  
entre lampiño y barbón,  
..... [ -ajo];  
que tieso lo pisa y huella,  
y al revés de los cristianos,  
tiene dos pares de manos  
y sin sangre las desuella;  
en lo demás muy buen hijo,  
pues cuando del puesto abaja,  
por quitarme allá esta paja  
no da menos que un sortijo.

*Muéstrasele*

GONZALO: Éste es suyo.  
EGAS: Y éste el conde.  
ALFONSO: Pues, amigos.  
GONZALO: Gran señor,  
el pozo tras el temor  
mas alegre corresponde  
a la esperanza y deseos;  
los pies pido que nos des.  
BRITO: ¿Para qué querrán los pies?



ALFONSO: Perdíme entre los rodeos  
de este bosque y selva espesa.

EGAS: Vuestra alteza, conde, ha dado  
un susto a nuestro cuidado.

BRITO: ¿Que se llama Cosme Artesa?  
Sabrélo de aquí en delante.

GONZALO: Bueno Portugal quedara,  
conde infante, si os llorara  
perdido.

BRITO: ¿Cosme Elefante  
es también y Cosme Artesa?  
Tendrán por allá los hombres  
como las manos los nombres  
a pares. Señor, me pesa  
de no herle mercé enfenito;  
un pastor es ignorante,  
pues si él es Cosme Elefante  
y Artesa, siendo yo Brito,  
es siempre la gente nuesa;  
pero su perdón me dé  
que desde hoy le llamaré  
Cosme, Elefante y Artesa.

ALFONSO: Cese, don Egas Muñiz,  
la caza que Marte ensaya;  
Gonzalo Méndez de Amaya,  
Pedro Páez, Duarte Ruiz,  
logremos las esperanzas  
que el valor busca en las veras;  
si hay moros, ¿para qué fieras?  
¿Para qué bosques, si hay lanzas?  
No cubra el orín arneses  
que la ociosidad infama  
cuando el asombro nos llama  
invencibles portugueses.

*Sale don GONZALO con un escudo que tenga en campo de  
plata una cruz azul atravesada, como está*

ALFONSO: Dadme, Gonzalo, ese escudo;

en él mi progenitor,  
por alentar mi valor,  
las azules bandas pudo  
    esmaltar que el blasón franco  
a su ascendencia donó;  
pero mi padre estimó  
en más, dejándolo en blanco,  
    que con victoriosas pruebas  
sus hazañas laureadas,  
en vez de las heredadas,  
le adquiriesen armas nuevas;  
    y después que éstas a luz  
sacaron de esas proezas  
las no imitadas grandezas,  
puso la celeste cruz  
    en campo de limpia plata,  
en fe que Jerusalén  
las suyas quiere que den  
premio a quien en Damiata  
    triunfó del egipcio espanto;  
cruz azul, señal del celo  
con que restituyó al cielo  
de Dios el sepulcro santo.  
    En esta cruz, pues, divina  
jurad todos, yo el primero,  
no desnudar el acero

### *Chirimias*

mientras la alarbe ruina  
    a mi Portugal posea,  
mientras la secta lasciva  
en nuestras comarcas viva.  
Esto, vasallos, desea  
    vuestro conde, vuestro infante,  
sucesor de Enrique y nieto  
de Alfonso rey.

*De rodillas, cada uno la mano sobre la cruz del  
escudo*

- EGAS: Yo prometo,  
mientras adorne el turbante  
morisco la media luna,  
no desnudar el arnés.
- GONZALO: Valor tengo portugués;  
yo seguire tu fortuna.
- PEDRO: Lo mismo juro.
- ALFONSO: Pues alto,  
lusitanos belicosos,  
despejad bosques ociosos,  
que si los muros asalto  
de Santarén, y allí dejo  
enarbolada la cruz,  
yo haré que el moro andaluz  
nos desocupe a Alentejo.
- BRITO: ¿Y seré yo si le sigo;  
también valiente, señor?
- EGAS: ¿No eres portugués, pastor?
- BRITO: ¡Y cómo!
- EGAS: Vente conmigo,  
que el serlo sólo te basta.
- BRITO: Mari Pabros, adiós, pues,  
que va Brito portugués  
a her en Mahoma casta.
- PEDRO: ¡Viva nuestro conde infante,  
sol de la luz portuguesa!
- BRITO: ¡Viva nuestro Cosme Artesa,  
Cosme Artesa y Elefante!

*Vanse. Salen retirándose de ISMAEL, un moro,  
doña LEONOR y una DAMA suya*

- DAMA: Retírate, que se acerca.
- LEONOR: ¡Que se atreviese hasta aquí  
este bárbaro!

*Sale ISMAEL*

ISMAEL:                   Perdí  
                  el lance. Entróse en la cerca.  
LEONOR:            Subamos al homenaje;  
                  veremos lo que este perro  
                  pretende.  
ISMAEL:            Amor, de este encierro  
                  sacad mi sol, que es ultraje  
                  que, rayo de pluma vos,  
                  cuando se subiera al cielo,  
                  no alcanzárades su vuelo.  
                  ¿Para qué os blasonáis, dios,  
                  si ni con flechas ni llamas  
                  habéis podido vencer  
                  el curso de una mujer?  
                  ¡Ah de mi gente!

*Arriba doña LEONOR*

LEONOR:                   ¿A quién llamas?  
                  Alarbe loco, ¿qué intentas?  
                  Este castillo, ¿no sabes  
                  que fía su guardia y llaves  
                  a un portugués que en sangrientas  
                  lides partió más turbantes  
                  que seca Agosto amapolas,  
                  que el Tejo se viste de olas,  
                  que al cielo bordan diamantes?  
                  ¿Sabes que es Vasco Cautiño  
                  su alcaide y que mi padre es?  
ISMAEL:            Sé que es el sol portugués  
                  desde que el hermoso aliño  
                  con que dora sus cabellos  
                  A los vuestros trasladó,  
                  para que, abrasado yo,  
                  fénix me consuma en ellos.

Sé que, aunque pena no os da  
mi esperanza por vos seca,  
sois mi Mahoma, mi Meca,  
mi sol, mi cielo, mi Alá.

Sé, en fin, siempre que os diviso,  
que a unirnos el ciego dios  
os preciara más a vos  
que a todo su paraíso.

LEONOR:       Pues ¿tus moros qué dirán  
                  contra tu Alcorán blasfemo?

ISMAEL:       ¿Qué moros, si a Alá no temo?  
                  Vos sola sois mi Alcorán.

LEONOR:       ¿Cómo a pasar te atreviste  
                  de esotra parte del Tejo?

ISMAEL:       Por ver si todo su espejo  
                  llamas de mi amor resiste;  
                  mas son mis incendios tales  
                  que, después que le pasé,  
                  mi contagio le pegué,  
                  y en vez de correr cristales  
                  corre llamas, todo ardores;  
                  llamas sus vecinas ramas,  
                  sus peces son todos llamas,  
                  llamas sus riscos y flores.

*Cáesele a LEONOR un guante*

LEONOR:       ¡Ay cielo! Cayóseme  
                  un guante. Déjale, moro.

*Cógele ISMAEL*

ISMAEL:       ¿Que le deje cuando adoro  
                  marfil de quien funda fue?  
                  Cifraré en él mis venturas,  
                  y ya que la mano no,  
                  el telllz que la cubrió,  
                  urna de cinco hermosuras,

plantel de tanta mosqueta,  
ocaso de tanto sol,  
nube de tanto arrebol,  
aljaba a tanta saeta,  
mi esperanza de él vestida  
será mi mayor tesoro.

LEONOR: Déjale, bárbaro moro,  
que te ha de costar la vida.  
¡Ah del castillo, ah soldados!

ISMAEL: Dile a tu Vasco Cautiño  
que, mientras que con él ciño  
un alma toda cuidados,  
por ser del alba española,  
le procure restaurar,  
que mi lanza ha de adornar  
por divisa y banderola;  
que junto al Tejo, Ismael,  
rey de toda Extremadura  
le aguarda, que su ventura  
pruebe y que venga por él.

LEONOR: No es digna suya esa empresa;  
yo te quitaré arrogante,  
con la torpe vida, el guante,

### *Tocan alarma*

que soy Leonor portuguesa.

### *Vase. Sale ZULEMA, moro*

ZULEMA: Defiende, rey invicto,  
exaltación de lunas sarracenas,  
tu corona y distrito,  
si mientras que conquistas las ajenas,  
esparciendo tus copias,  
no quieres esta vez perder las propias.  
Alfonso Enríquez, conde lusitano,  
infante de Castilla,

nieto de Alfonso sexto soberano,  
hijo de Enrique, a quien postrada humilla  
la cerviz arrogante  
del otomano el célebre turbante,  
el Tejo armado pasa  
y con un escuadrón, si en suma breve,  
inmenso en el valor, incendio abrasa  
tus tierras, rayos ellos, ellas nieve;  
y por que tu diadema le corone,  
a Santarén se acerca y sitio pone.

ISMAEL:     ¡Cobarde! ¿De eso muestras  
el miedo infame que en tú pecho mides?  
¿Anuncias dichas nuestras  
y albricias no me pides,  
cuando si el Tejo por su daño pasa  
la dicha de tal bien se me entra en casa?  
¿Nó reino en Badajoz? Extremadura,  
¿no es noble herencia mía?  
¿No tengo en lo mejor de Andalucía  
cuanto entre valles, riscos y espesura  
ciñe Sierra Morena  
con más vasallos que su falda arena?  
Cinco reyes con parias me tributan,  
a camellos, el ámbar, oro y plata,  
las bengalas, el nácar y escarlata  
con que al gusano tejedor disfrutan  
y entre aromas arabios  
estiman en mis pies poner sus labios.  
Cada cual de éstos tiene  
cincuenta mil armígeros alarbes,  
que si ese Alfonso viene,  
los fosos, las murallas, los adarbes  
cubrirán como a Ceres los manojos  
de cimitarras y bonetes rojos.  
Llegue ese mozo ciego;  
la presunción se acerque lusitana,  
que presto las orillas del Mondego,  
reconociendo a las de Guadiana,  
con el acero que monarca ciño,  
al Tejo, juntarán el Duero y Miño.

*Vase. Toquen marcha, y sale el conde ALFONSO  
Enríquez, don EGAS, don GONZALO, don PEDRO y  
SOLDADOS*

ALFONSO: Lusitanos invencibles,  
luz del blasón portugués,  
asombro un tiempo de Roma  
y rayos de su laurel,  
siempre la primera hazaña,  
si llega a lograrse bien,  
alienta con más valor  
las que se siguen después.  
Pasado habemos el Tejo;  
al margen hermoso de él,  
sobre una peña tajada  
se blasona Santarén  
inexpugnable al asalto.  
Deleitoso, capitel  
sirve a ese risco, diademas  
donde el sol asiente el pie.  
Su fundación, que compite  
con los tiempos, corto fue  
de Avidis, que agricultor  
heredó a Gargoris rey  
la corona y las hazañas.  
Gargoris heroico, aquel  
construidor de los enjambres  
repúblicas de la miel,  
aquí alimentando a Avidis  
con su néctar, merecer  
pudo a Santarén el nombre  
de Escalabis, esto es  
lo que en latín *esca abidis*,  
manjar de Abidis, si bien  
le mudó la virgen mártir  
Santa Inés, en Santarén.  
Desde el infelice godo  
hasta ahora lo posee



la blasfemia desbocada,  
y en nombre suyo Ismael.  
Descuidados tiene el ocio  
sus bárbaros, y ya veis  
que la presteza asegura  
más victorias que el poder.  
Escalémosla de noche,  
por que cuando el sol nos dé  
entre celajes del alba  
perfiles de rosicler,  
tremolando en sus almenas  
la cruz que a Jerusalén  
restauró mi padre Enrique,  
sus lunas postre a los pies.  
Pocos somos, si al asalto  
cuenta del número hacéis,  
si del valor infinitos,  
porque cada portugués  
es un ejército, un campo,  
un escuadrón, un tropel  
que eminentemente cifra  
más héroes que Apolo ve.  
Pase del sueño a la muerte  
tanto Holofernes cruel;  
Judit es nuestra justicia,  
su alfanje en mis manos veis.  
Dadme esta villa, soldados,  
y con César cantaré  
desde hoy, *veni, vidi, vici*,  
vine; vi y llegué a vencer.

EGAS: No necesitas, gran conde,  
de alientos para encender  
pechos que ya son volcanes,  
valor que ya es Mongibel.

GONZALO: Morir o vencer juramos,  
o morir hoy o vencer.

PEDRO: Del pavés sobre sus muros,  
o muertos sobre el pavés.

ALFONSO: Éstas son sus torres altas;  
el escalador cordel

nos facilita el silencio.

EGAS:       ¿Qué es escala o para qué?  
Arrimándome a una pica,  
talares llevo en los pies  
para volar por sus muros,  
no, huyendo para correr.

ALFONSO:    ¡Oh, portugués Viriato!  
¡Oh, escuadrón invicto y fiel!  
Viva la cruz!

*Tocan alarma*

TODOS:                ¡Viva Alfonso!

ALFONSO:    ¡Viva, decid, nuestra ley!

*Desnudan las espadas y éntanse, y dicen  
dentro, tocando a guerra*

MORO 1:     ¡Aquí de la villa, Alarbes,  
las murallas socorred,  
que el cristiano nos la usurpa!

MORO 2:     ¡Que nos entra a Santarén!

*Entrando y saliendo, pelean MOROS y  
CRISTIANOS*

EGAS:        ¡Ah, perros! En vuestra sangre  
pienso hoy apagar la sed  
que ha tanto que me provoca.

MORO 1:     Huye, Hamete.

*Tocan alarma*

MORO 2:                Huye, Muley.

*Salen dos MOROS dando de cuchilladas a BRITO, que sale de soldado gracioso*

BRITO: Estése quedo, le digo.  
¿No hay son pegar y correr?  
¡Verá la tema en que han dado!  
Yo, ¿qué le he hecho?

MORO 1: Vengaré,  
cristiano vil, en tu vida  
tantas muertes.

*Dale en el broquel*

BRITO: ¿Otra vez?  
¿Han vido y cómo sacude?

MORO 2: No ha de quedar portugués  
que no destroce este brazo.

*Dale*

BRITO: Médico debe de ser;  
compre mina y traiga guantes,  
matará de cien en cien  
con los botes de botica,  
balas de pugín y hamet,  
flechas de un récipe escrito,  
pólvora en polvos de sen,  
espátulas por espadas,  
julepes de Locifer,  
que yo, señor, no me purgo;  
mas si purgo, acérquese,  
que si el doctor cursos cuenta,  
ya pasan en mí de diez.

MORO 1: Muere, perro, y no hables tanto.

*Dale*

BRITO:       ¿Perro yo? Debe querer,  
              si me mata, dar conmigo  
              perro muerto a la mujer.  
              Quedo, ¿no ves que soy moro?

MORO 1:     ¿Moro tú?

BRITO:       Pues ¿no lo ves?

MORO 2:     ¿De Santarén?

BRITO:       Sí, señores,  
              moro soy de santi-amén.

MORO I:     Pues ¿por qué en cristiano traje?.

BRITO:       Estuve al cabo una vez,  
              y prometéle a San Roque  
              o a su perro de traer  
              esta ropa un mes entero.

MORO 2:     ¡Oh, blasfemo!

*Dale*

BRITO:       Pues un mes  
              el hábito no hace al monje.

*Salen don EGAS y don ALFONSO*

EGAS:       Gracias al cielo se den,  
              que ya es Santarén cristiana;  
              ya Sión, si fue Babel.

ALFONSO:    Ea, don Egas Muñiz,

*Vase el un MORO*

¡viva nuestra santa fe!

*Vase don ALFONSO*

BRITO:       Señor don Agraz Muñoz,

socórrame su mercé,  
que este moro da en pegarme  
sin por qué ni para qué.

EGAS: Pues ¿por qué tú no le matas?

BRITO: Nunca en el quinto pequé  
ni he aprendido a matar galgos,  
porque no son de comer.

EGAS: ¡Ah, cobarde!

BRITO: ¿Qué quería?

EGAS: ¿Eso dice un portugués?

BRITO: Péguelos en caperuza,  
quizaves me avezaré.

EGAS: Pues mira, así has de matarlos.

### *Dale al MORO*

MORO 1: ¡Válgame Mahoma!

### *Cae muerto dentro*

BRITO Amén.

EGAS: De este modo se pelea.

BRITO: ¿Y este murió?

### *Tocan alarma*

EGAS: ¿No lo ves?

BRITO: Muerte ha sido sopitaña,  
no hiciera más a traer  
el alma el moro a la posta;  
pero, aguarde, y le daré  
al primero que topare,  
como a esotro, pan y nuez.

*Tocan alarma. Salen otros MOROS todos  
peleando*

MORO 2: ¡Yo venderé bien mi vida!  
BRITO: Pues yo vos la compraré.

*Dale BRITO, y cae el MORO dentro*

MORO 2: ¡Ay, Alá!  
BRITO: Lo que hay allá,  
perrengue, es resina y pez.

*Riéndose*

Pardiez, que caen como moscas;  
si sale otro volveré  
a asegundar coscorriones.

MORO 3: La vida llevo a los pies.  
BRITO: Si vos libráis de mis manos.

*Dale y cae dentro*

MORO 3: ¡Muerto soy!  
BRITO: ¡Zape! ¡Pardiez  
que tras esta matación  
las manos me he de comer!  
¿Que aquesto era matar moros?  
De aprendice puedo ser  
protomédico de galgos;  
pués yo os juro, a non de diez,  
que yo desempeñe a España.

TODOS: ¡Victoria!

GONZALO: Ciña el laurel  
tus sienes, Alfonso invicto.

*Éntranse. Salen tres MOROS contra  
BRITO*

MORO 2: Rayo es este portugués.  
Huir, moros, de su furia.

*Huyen*

BRITO: De mis manos no podréis,  
porque está engolosinado.

MORO 1: Uno es solo y somos tres;  
pues la fuga nos impide,  
¡a él, amigos!

*Tocan alarma*

TODOS: ¡A él!

BRITO: ¿A mí, alcurcues, a mí?  
Pues agora lo veréis.

*Mételos a cuchilladas y tocan al  
arma*

**FIN DE LA PRIMERA JORNADA**

## JORNADA SEGUNDA

*Salen don EGAS Muñiz y don  
GONZALO*

GONZALO: Nuestro conde infante es santo,  
porque no es inconveniente  
ser religioso y valiente.

EGAS: Séalo, pero no tanto  
que le lleven a su coro  
los canónigos seglares  
y las armas militares,  
que son espanto del moro,  
cubra la sobrepelliz  
cada noche en los maitines.

GONZALO: Así consigue sus fines  
dichosos, Egas Muñiz.

La espada y la disciplina  
hacen una consonancia  
de milagrosa importancia.  
David era en Palestina  
el más bélico monarca,  
y entre sus triunfos diversos  
cantaba salmos y versos  
danzando delante el arca.

La Efod que se vestía  
era lo mismo que ahora  
la sobrepelliz. No ignora,  
quien sabe su valentía  
que él mismo, hablando con Dios,  
dice que se levantaba  
a media noche, y cantaba  
sus loores. Juzgad vos  
si es bien, cuando este interés  
nos postra rendido al moro,  
que Alfonso en el campo y coro



sea David portugués.

EGAS:        Basta haberle edificado  
al cielo tanto convento  
para obligarle que atento  
su vida ampare y estado.

El célebre monasterio  
de Santa Cruz de Coimbra,  
cuando conquistó a Cecimbra,  
y del africano imperio

sacó a Elvas, al Francoso  
Serpa, Corbele, Alanquer  
y otros mil que en su poder  
hacen su nombre famoso,  
fundó rico con las rentas  
que a sus canónigos dio  
cuando a Santarén cercó;  
haciendo con su Dios cuentas,

ofreció por su conquista  
al santo de Claraval  
para un monasterio real,  
cuanto alcanzare la vista  
desde una cuesta eminente,  
los campos y posesiones,  
siendo sus ojos mojones  
de esta fábrica excelente.

Mil monjes ahora encierra  
este edificio gallardo.  
Obligado San Bernardo  
a patrocinar su guerra  
y a alcanzarle sus victorias,  
desde Francia, donde vive,  
le comunica y escribe:  
materia dé a las historias  
nuestro Alfonso con la espada,  
y los monjes del Cistel  
recen y canten por él;  
allá María elevada,  
y Marta acá solicite  
con las manos el acero.

*Sale don ALFONSO Enríquez y trae puesto sobre  
las armas un roquete, y don PEDRO*

ALFONSO: Egas Muñiz, lo primero,  
porque amparo os facilite,  
es Dios, que lición nos da  
de que su reino busquemos  
y por él conseguiremos  
lo demás, porque será  
desdoro de un rey, que esfuerza  
con oraciones su celo,  
conquistar primero el cielo  
si el cielo parece fuerza.

No se proporcionan mal  
ni el tiempo se desperdicia  
con la terrestre milicia  
la milicia celestial,  
ni del valor portugués  
será acción menos feliz  
con Dios la sobrepelliz  
que con el moro el arnés.

Lo uno y otro al cielo agrada  
alentando el corazón,  
con Moisés en la oración.  
y Josué con la espada,  
porque ésta sola promete  
..... [-oto]  
poca dicha. Éste es mi voto  
y quitarme este roquete,  
que desde el coro dirige  
el cielo mejor mi estado.

EGAS: Yo hablé, en fin, como soldado,  
sin saber lo que me dije.

Pelead--;cuerpo de Dios!--  
y rezad también, Alfonso,  
con la espada y un responso  
huirá el morisco de vos.

Comunicad serafines  
entre monjes en el coro,

y acobardaráse el moro  
mientras vos cantáis maitines,  
que yo desde ahora os juro  
seguir siempre vuestro lado  
engerto en fraile y soldado.

ALFONSO: Y yo el premio os aseguro.  
Pero ¿qué es esto?

*Tocan un clarín y sale poco a poco ISMAEL  
sobre un alazán, con adarga y lanza, y en el extremo de  
ella, en lugar de banderola,  
el guante de doña LEONOR*

PEDRO: La vega  
mide un moro airoso y fiero  
sobre un alazán ligero.

EGAS: Hacia nuestros muros llega.

ALFONSO: ¡Bizarro alarde!

EGAS: ¡Infelice!

a lo menos, si me aguarda.

ALFONSO: ¡Presencia ostenta gallarda!  
Veamos lo que nos dice.

ISMAEL: Conde Alfonso lusitano,  
que del árbol borgoñón  
blasonas ser rama ilustre;  
pimpollo de aquella flor  
que pone Francia en sus armas,  
nieta de Alfonso, león  
que, conquistando a Toledo,  
se intitula emperador;  
a Santarén me ganaste,  
no de valor a valor,  
precediendo desafíos  
y partiendo el campo el sol,  
sino hurtando a las tinieblas  
la enlutada confusión  
de noche, más que soldado,  
codicioso escalador.

Préciate de la conquista  
que su descuido te dio,  
pues huye siempre las luces  
el pirata y salteador;  
que yo, no con los engaños  
del silencio obscuro, no  
cohechando al sueño perezas,  
tapando al bronce la voz,  
sino en la mitad del día,  
solo, si es que solo estoy  
cuando cuantos héroes viven  
me llanían su comprensión,  
a vista de esos cobardes,  
tímido y breve escuadrón  
que de Ulises descendiente  
sus ardidés le heredó,  
digo que asaltar murallas  
de noche, sin prevención,  
es infamia, es cobardía.  
¡No es hazaña, no es valor!  
Ismael, me tiembla el orbe;  
rey me llama Badajoz,  
su príncipe Extremadura;  
la Vandalia su señor.  
Sólo domina en mi pecho  
hermosa constelación,  
una beldad portuguesa,  
feliz, pues su esclavo soy;  
doña Leonor es, Cautiño,  
porque sola tal Leonor  
por lo que de leona tiene,  
amansara tal león.  
Conde, suyo es este guante,  
del muro se le cayó,  
en mi fe de más estima  
que de Asia la posesión.  
El castillo de Palmela,  
con las llamas de mi amor  
conquisté, dando a su alcaide  
honras por matarle yo.

Lléveme a Leonor conmigo  
imperiosa su prisión,  
pues, cautiva, la obedezco  
pues me vence vencedor.  
Yo he jurado a su hermosura,  
si en vosotros hay valor,  
por cada dedo del guante  
un portugués, el mejor.  
De esta prenda y de su dueño  
será la restauración  
el que a vencerme se obligue,  
uno a uno o dos a dos.  
Al extremo de esta lanza  
sirve de airoso pendón.  
Rescatadle, portugneses  
que salvoconduto os doy  
para los campos de Obrique,  
donde Marte convocó  
cinco ejércitos alarbes  
de quien rey unico soy.  
Doscientos mil africanos  
enjambres inmensos son  
que al Tejo el cristal agotan,  
al valle y monte la flor.  
Cobardes, alli os espera  
Ismael, Marte español.  
Parca que os hiela las vidas,  
rayo que Arabia forjó,  
segundo Alá, otro Mahoma  
de Alcides competidor,  
pestilencia del bautismo,  
de su iglesia contagión,  
cuchillo de portugueses,  
Atila, azote de Dios  
y Ismael, que vale más  
que el cielo, que Alá, que el sol.

*Vuelve a tocar el clarín. Vase*  
**ISMAEL**

EGAS: Frenético, espera, aguarda.

ALFONSO: Dejad que al cielo Nebrot

quimerice Babilonias,

llorará su confusión.

Las manos y no las lenguas,

amigos, en la ocasión

precisa consiguen triunfos

y dan asiento al valor;

de lengua es forma la espada,

vocinglero el vil temor;

espere en su muchedumbre

que yo solo espero en Dios.

Trece mil soldados tengo,

cada cual un Cipión,

un portugués Viriato

un Hércules vengador;

doscientos mil los infieles

--¡numerosa ostentación!--

ceros que por sí con nada,

mosquitos de Faraón.

Lusitanos, ¡alto, a Obrique!

Que cuanto fuese mayor

la suma de los contrarios

tanta más ganancia os doy

de su despojo y riquezas.

La cruz es nuestro blasón,

armas que dio a Portugal

mi excelso progenitor;

con su señal Constantino

los tiranos debeló;

su mismo celo me guía,

yo conde, él emperador;

la victoria tenéis cierta.

GONZALO: ¡Oh, gloria de tu nación!

Al arma, que la fortuna

de César llevamos hoy.

*Tocan alarma. Vanse, si no es don*

*EGAS*

EGAS:           ¿Cautiva mi Leonor? ¡Cielos!  
          ¿Presa la beldad que adoro,  
          usurpador suyo un moro,  
          y ya africanos mis celos?  
          Eso no, mientras yo viva,  
          que es oprobio portugués.  
          Yo haré que postre a los pies  
          de mi adorada cautiva  
          la alarbe y torpe cerviz  
          el sacrílego arrogante.  
          Yo haré finezas de amante  
          y hazañas de Egas Muñiz.  
          Salvoconducto me da,  
          mas quien torpe desatina  
          sin guardar la ley divina  
          mal la humana guardará;  
          juntemos la industria, pues,  
          al valor para librarla;  
          hoy tengo de restaurarla,  
          o no seré portugués.  
          El artificio me ofrece  
          un discreto estratagema.

*Sale BRITO*

BRITO:       Estése el perro en su tema;  
          que yo me estaré en mis trece.  
          Yo le juro a non de tal  
          que si el guante le quitó  
          el galguicuzcuz, que yo  
          desagravie a Portugal.

EGAS:       ¿Qué es eso, Brito?

BRITO:       Sentir  
          que un morillo desafíe  
          a nueso conde, y que críe  
          humos, que le han de salir  
          en el alma, si yo puedo.

EGAS:       ¿Viste al bárbaro Ismael?

BRITO:       Vi que en su lanza la piel

o el guante, por cada dedo  
a su fembra ha prometido  
una cholla portuguesa,  
y ¡voto al sol que me pesa  
que se nos haya escorrido!  
¿Cinco cabezas barbadas?  
Pues, con ellas, ¿qué ha de her  
la Leonor? Debe querer  
madurarla a cabezadas.

Yo quedé tan golosmero  
después que a lidiar aprendí  
por vos, que no estaré en mí  
hasta her un matadero,  
do por arseldes se pese  
carne mora.

EGAS:                   ¡Desatino!

BRITO:       Mas huyendo del tocino  
Barrabás que la comiese.

EGAS:           ¡Atreveráste tú a hacer  
conmigo una honrosa empresa?

BRITO:       Si es la Leonor portuguesa  
y bondara ser mujer;  
¿qué aguardamos vos y yo  
que no la descautivamos?

EGAS:       ¡Oh, Brito animoso! Vamos.

BRITO:       Desque el conde se quitó,  
al encontrarle en la sierra  
sin cochillo, ni ganzúa,  
lo que llamáis guante o lúa,  
piel en paz, malla en la guerra,  
cuidando yo que la mano  
entonces se desollaba,  
mal con los guantes estaba;  
mas agora que este alano  
Ismarrel tanto le estima  
que mos desafía por él,  
desollándole la piel  
que trae el mastín encima,  
la he de convertir en guantes.

EGAS:       Arábigo sé escribir



y en hábito hemos de ir  
de moros.

BRITO:               Haya turbantes,  
                          almalafas, alquiceles,  
                          y déjame a mí con él.

EGAS:               ¿Te atreverás a Ismael?

BRITO:               Y a una recua de Ismarreles.

EGAS:               Pues sígueme, que si engañas  
                          su atención, en mis venturas  
                          probarás que sin locuras  
                          nunca el amor logró hazañas.  
                          De moro te vestiré.

BRITO:               Con tal que haya sopa en vino,  
                          porque sin él y tocino  
                          desde aquí desmórome.

*Vanse los dos. Sale doña LEONOR llorando, e  
ISMAEL saca el guante de doña LEONOR*

ISMAEL:            Tu conde me vio en su vega  
                          hacer de esta prenda alarde,  
                          y a su ejército cobarde,  
                          no sólo el combate niega,  
                          mas, multiplicando miedos,  
                          las caras descoloridas  
                          tiemblan de ver que sus vidas.  
                          tu guante les mida a dedos.

                          Si estas finezas merecen  
                          en tu cielo algún agrado,  
                          serenándose el nublado  
                          que sus rayos entristecen,  
                          alcance yo sin enojos,  
                          sin desdenes, sin agravios,  
                          una razón de tus labios,  
                          un resplandor de tus ojos.

                          Y advierte, Leonora mía,  
                          que si con rigor pretendes  
                          helar mi fuego, le enciendes  
                          con más rebelde porfía.

Finge de burlas favores,  
podrá ser que de esta suerte  
más tibio llegue a quererte  
que duplicando rigores,  
    porque en la amorosa escuela,  
la que por sus cursos pasa,  
con hielos dicen que abrasa,  
con llamas dicen que hiela.

LEONOR:           ¿Posible es, torpe homicida,  
que tu ciego frenesí  
ose a amar a quien por ti  
llora a su padre sin vida?

    Dame sepulcro con él;  
rasga, tirano, este pecho  
y habrás a mis ruegos hecho  
una finesa crüel,  
    una piedad rigurosa,  
y si mis súplicas sigues,  
una acción con que me obligues  
en la otra vida.

ISMAEL:                   ¡Qué hermosa!

    La aurora de tu semblante  
vierte perlas. Si enloqueces  
cuando llorando amaneces  
cada aljófar un diamante,  
    ¿qué hicieras perdido el ceño  
con que eclipsas su arrebol  
amaneciéndome el sol  
en dos orientes risueños?

    Tu padre murió a mis manos,  
mas sírvate de consuelo  
que he de conquistar el cielo  
vencidos los lusitanos.

    Mi valor a cargo toma,  
si su pavimento piso,  
que goce a Alá en su paraíso  
a la diestra de Mahoma;  
    yo haré que con él dispense  
el haber cristiano sido.

*Salen de moros don EGAS, y BRITO a lo gracioso*

- BRITO: Héteme aquí convertido  
en morabito de Orense,  
engerto un gallego en moro.
- EGAS: Ya sabes lo que has de hacer;  
no te turbes.
- BRITO: La mujer  
que buscas es como un oro;  
con el mastín perrenquea.
- EGAS: A buena ocasión llegamos;  
si mis ardidés logramos.
- BRITO: Ojalá orégano sea.
- ISMAEL: ¿Quién, sin avisar primero,  
se atreve a entrar donde estoy?
- BRITO: Señor, estafeta soy  
morisca, mas no arriero,  
ni en toda mi casta le hubo,  
ni quiera Dios, cuando venga  
con cartas, que oflcio tenga  
que el señor don Mahoma tuvo.
- ISMAEL: ¿Cartas traes? Dime de quién.
- EGAS: (Este necio lo ha de echar **Aparte**  
a perder; quiero llegar.)

*LLégase a él*

- El rey de Murcia y Jaén  
y el de Córdoba te escriben.
- BRITO: Sí, señor; juntos están  
con el rey de Cordobán  
murciélagos, porque viven  
de comer uvas jaenes,  
y son tres reyes de bien  
el murciélago, el Jaén  
y el cordobán.
- ISMAEL: ¡Loco vienes!

EGAS: Hase, gran señor, turbado  
y gasta siempre este humor.  
BRITO: Humor gasto; sí, señor;  
de una huyente que han mandado  
que en aqueste brazo me abra;  
gracias a santa Locía,  
que casi casi no veía  
por un hartazgo de cabra  
que éste y yo nos dimos solos,  
y aun es dicha si lo alcanzo,  
métome, en vez de garbanzo  
toda una bola de bolos,  
y en lugar de hoja de hiedra  
traigo una resma de estraza,  
con que, aunque algo me embaraza,  
puedo tirar una piedra,  
y her que la salud asista  
en los ojos, aunque creyo  
que cuando a su merced veyo,  
tengo muy bellaca vista.

*Aparte a BRITO*

EGAS: Necio, mira lo que dices.  
ISMAEL: ¡Salada es vuestra razón!  
BRITO: Tengo la sal de un jamón,  
y cómolos con perdices.  
ISMAEL: ¿Las cartas?  
BRITO: Helas aquí.

*Dáselas*

ISMAEL: ¡Donoso talle mostráis!  
BRITO: Sí, señor  
ISMAEL: ¿Cómo os llamáis?  
BRITO: El moro Zaquizamí.  
ISMAEL: ¿Tan alto?  
BRITO: En caramanchones

empleo todo mi trato,  
y vuelto de perro en gato  
ando a caza de ratones.

Lea vuestra morería  
para que me vuelva luego.

ISMAEL: ¿No esperaréis que a este pliego.  
responda?

BRITO: Sí, morería.

ISMAEL: ¿Es Córdoba gran ciudad?

BRITO: Sí morería.

ISMAEL: Y su rey,  
¿no se llama Alí Muley?

BRITO: Sí, morería.

ISMAEL: Esperad.

### *Leyendo para sí*

¿Qué tiene, que está en la cama  
conforme me avisa aquí?

BRITO: Sí, morería.

ISMAEL: Decí,  
¿qué mal tiene?

BRITO: Se derrama  
todo en mantas y en colchones.

EGAS: (¿Hay disparate como éste?) **Aparte**

BRITO: Y diz que es ramo de peste  
la sarna con sabañones,  
y el reye se rasca mucho.

ISMAEL: (Éste debe de ser loco.) **Aparte**

### *Aparte a BRITO*

EGAS: Necio, vete poco a poco.  
en hablar.

BRITO: Yo no estoy ducho  
en esto de enfermedades;  
su morería perdone.

EGAS: (Como Brito me ocasione **Aparte**

mientras teje necedades  
a que hable a mi Leonor,  
que aún no me ha echado de ver,  
comenzaré a disponer  
los ardides de mi amor.

*Aparte a BRITO*

Entreténmele, y advierte  
que en el ínterin hablamos  
mi Leonor y yo.

BRITO: A eso vamos.

*Abre el moro ISMAEL otra carta*

ISMAEL: Dice Muley de esta suerte,

*Lee*

"El compañero del que ésta lleva es  
el moro más sabio en las ciencias de  
astrología, magia y futuros contingentes  
que conoce Egipto; envíosele a vuestra  
alteza para que, sirviéndose de sus  
habilidades, venza con ellas lo que dudo  
de sus armas, porque el conde de Portugal  
tiene de su parte el valor de sus  
antecesores y la fortuna de los hados.  
Guarde Alá a vuestra alteza, etc.  
Muley, Rey de Córdoba."

BRITO: ¡Válgame Mahoma!  
Y lleve  
por siempre jamás amén.

*Mirando el, moro ISMAEL muy atento a don  
EGAS*

ISMAEL: Ven acá.  
BRITO: Obedezco al ven.  
ISMAEL: Habla veras.  
BRITO: Pues sea breve,  
por que en hablando en joicio,  
luego me da torozón.

*Hablan en secreto LEONOR y don EGAS*

ISMAEL: ¿Quién es éste?  
BRITO: Es un varón  
milagro del reino egipcio:  
No sabe tanto el diMúño;  
cuantos diabros el infierno  
ahucha en su huego eterno  
todos los tiene en el puño.  
ISMAEL: ¿Qué dices?  
BRITO: Que si le pruebas,  
tien tales encantaciones  
que hará llover naterones,  
albaricoques y brevas.  
ISMAEL: Si él me supiera ablandar  
el rigor de una mujer  
que me obliga a enloquecer,  
yo le llegara a adorar.  
BRITO: Si de sus artes se fía,  
déla por blanda. ¿Es aquélla?  
ISMAEL: La mlsma.  
BRITO: Ya habla con ella,  
por que sus cuitas sabía;  
verá cuál se la madura.

*Hablan don EGAS y doña LEONOR  
aparte*

LEONOR: ¡Ay, mi don Egas Muñiz!

moriré más infeliz  
si inventas esa locura;  
no arriesgues vida, que estimo  
lo que mi temor recela.

BRITO: ¿No ve cómo se le enmiela?

EGAS: Leonor, en balde reprimo  
la paciencia ni el acero.  
Yo he de sacarte de aquí.

ISMAEL: ¡Vive Alá! ¡Que conseguí  
toda la dicha que espero!  
Tan domesticada está  
con él como si los dos  
fueran hermanos.

BRITO: ¡Par Dios!  
por no decir por Alá,  
que obligue a una peña fría  
a que eche llamas, señor.

ISMAEL: ¿Que hará que me tenga amor  
Leonor?

BRITO: Sí, morería.

ISMAEL: Toma este anillo y cadena.

### *Dáselos*

BRITO: Sí, morería, sí tomo.  
¿Es el engaste de promo,  
que pesa más que ell arena?

EGAS: Esto tenemos trazado

LEONOR: ¡Qué buena suerte la mía!

ISMAEL: ¿Riyóse?

BRITO: Sí, morería;  
los colmillos ha mostrado.

EGAS: Disimula con el moro  
hasta que te libre de él.

### *Esto lo dice recio*

LEONOR: Merece mucho Ismael.



ISMAEL:       ¿Qué dijo?  
BRITO:            Que es como un oro  
                  su merced en la gallardía.  
ISMAEL:        Que mucho Ismael merece  
                  le escuché.  
BRITO:            Ansí me parece.  
ISMAEL:        ¡Gran suerte!  
BRITO:            Sí, morería.  
ISMAEL:        ¡Qué apacible y que en sazón  
                  habla, pregunta y propone!  
BRITO:        Él verá que se la pone  
                  más tierna que un requesón.  
EGAS:            ¿Oyes lo que al moro pasa  
                  con aquel loco?  
LEONOR:         Donoso  
                  e igualmente provechoso.  
EGAS:        De placer es esta casa,  
                  en lo despoblado está.  
                  Para que te saque de ella  
                  fíngele amor, Leonor bella.

*Llégase LEONOR al rey ISAMEL muy  
afable*

LEONOR:        ¡Mi rey!  
ISMAEL:         ¡Soberano Alá,  
                  que a oír tal he merecido  
                  al sol que el alma ofrecí!  
BRITO:        ¿Mi "re" dijo? Hétele el "mí."  
                  soberano Alá te he oído.  
                  Hétele también el "la."  
                  "Sol" la llamaste después.  
                  Hétele a amor portugués  
                  con su "re, mi, fa, sol, la."  
EGAS:        Señor, yo que por mis ciencias  
                  de tu amorosa fatiga,  
                  supe el incendio que obliga  
                  a apacibles impacencias,  
                  vine a servirte de modo

que ya es tuya Leonor bella;  
pero si a solas con ella  
nos dejas, para que en todo  
se te rinda este diamante,  
tu esperanza lograrás,  
en especial si me das  
por sola una hora su guante,  
que impide por él el hado  
lo que el arte facilita,  
porque sus efectos quita  
cualquier favor violentado.

ISMAEL: Toma el guante, el alma toma.

*Dásele*

BRITO: (Tened, el perm, por cierto **Aparte**  
que vos damos perro muerto.)

ISMAEL: Tú serías mi Mahoma,  
mi Alá, si me consintiese  
que una mano la besase.

EGAS: Hasta que el término pase,  
no es posible.

BRITO: En seco bese,  
chero decir, desde ahí,  
que según *unum modernum,*  
*non besabis in aeternum.*

ISMAEL: No lo entiendo.

BRITO: Hablan así  
nigromantes motilones.

ISMAEL: Luego ¿tú nigromancia  
estudias?

BRITO: Sí, morería.  
Mire, do hay pares hay nones,  
chero decir, que preñada  
una mujer, o se muere  
o habrá pares; si pariere,  
y habrá nones que es nonada  
para vuesa morería,

como no tempre pesáres  
aguardándose dos pares  
de horas, hasta el mediodía,  
    que es cuando cesan los nones,  
y toca a nona el donado;  
mas habiendo los dos dado,  
que en todos los ésquilones  
    cuando dan dos dan un par,  
cesan entonces azares,  
porque, en fin, los dos pares,  
si no llegan a parar,  
    ¿cómo tienen de parir  
el efecto del planeta,  
ni comprirse la receta  
de su amor? ¿Chérello oír?  
    Pues venga a her. Esta mujer,  
¿no es nones? Sí, porque es una,  
y con pares no hay ninguna  
hasta que llega a parir;  
    él, aqueste moro y yo  
somos tres, no somos nones;  
en esto no hay opiniones,  
pues si el nones engendró  
    la nonada, oiga estos puntos,  
hasta que lleguen a estar  
hombre y mujer hendo un par,  
y no todos cuatro juntos,  
    si no le ama sí se queje;  
pero vuélvase después  
que nones quedamos tres,  
y como a los tres mos deje,  
    después de la nona dada,  
si vuelve a sus aficiones  
ya se habrán ido los nones  
y parará el par en nada.  
    Esto enseña la escretura,  
que entre sus negros Macías  
mordió el gigante Golías,  
Galeno y Nuño Rasura.

ISMAEL:        Los principios de una ciencia

son oscuros de saber;  
no te he podido entender.

EGAS: Pues, señor, es evidencia  
todo cuanto te ha explicado,  
mas como son rudimentos,  
de nuestros encantamentos,  
está su estilo intrincado.

Vuelve aquí dentro un hora,  
lograréis gustos los dos.

LEONOR: Querido Ismael, adiós.

ISMAEL: Adiós. ¿Volveráste mora?

BRITO: Conforme huere el moral.

ISMAEL: Adiós, luz de mi esperanza.

*Vase ISMAEL*

BRITO: Si mora dice tardanza,  
vendrá a ser mora, y qué tal.

EGAS: A caballo.

BRITO: No hay si dos...

EGAS: Vendrá en mi gropa;  
yo Jove, Leonor mi Europa.

BRITO: Pues galguimorisco, adiós.

*Vanse. Suben desde el tablado a caballo los tres,  
ella a las ancas del de don EGAS y salen a las voces del moro  
ISMAEL y otros, y puédalos seguir a caballo y escaramuzar.  
Habla BRITO adentro*

BRITO: Aprisa, que mos espía  
un perro, y temo que lluevan  
virotazos.

ISMAEL: ¡Que nos llevan  
a Leonor!

BRITO: Sí, morería.

ISMAEL: Seguidlos, vasallos míos;  
volad, cual vuelan mis celos.  
¿Sufriréis, ingratos cielos,

tal burla?

BRITO: Sí, moreríos.

ISMAEL: Corred, que queda abrasada  
el alma entre mis pasiones.

BRITO: Acá corremos los nones,  
y allá vos cupo nonada.

ISMAEL: ¡Tocad al arma, africanos!

*Tocan al arma*

¡Mis ejércitos juntad!  
¡Por Alá eterna deidad  
que he de hacer en los cristianos  
tal destrozo, que no quede  
memoria de su bautismo.  
De incendios soy un abismo,  
sufrirme el mundo no puede;  
abrased la llama mía  
cuanto el sol con rayos doma.

BRITO: Perrazos, ¡cola Mahoma!

ISMAEL: ¿Hay más mal?

BRITO: ¡Sí, morería!

**FIN DE LA SEGUNDA JORNADA**

## JORNADA TERCERA

*Salen marchando don ALFONSO Enríquez, don EGAS, don GONZALO, don PEDRO y los más cristianos que pudiesen*

ALFONSO: No marchen más, hagan alto.

TODOS: Hagan alto.

ALFONSO: Aquéstos son  
los campos que mi nación  
llama de Obrique. En el alto  
cerro que mi gente agora  
ciñe, y el sol siempre adula,  
cuya cumbre se intitula  
"Cabezas del Rey," mejora  
de sitio nuestro pequeño  
ejército. Trece mil  
somos no más contra el vil  
ismaelita. Ya mi empeño,  
portugueses valerosos,  
de suerte adelante está,  
que el retirarnos será  
descrédito. En tan forzosos  
lances, contra tanta suma  
de infieles como nos cerca,  
tal vez el ánimo merca  
dichas que jamás consuma  
el tiempo. Vuestro consejo,  
con todo eso necesito,  
vuestro valor solicito;  
cada cual es un espejo  
de la fe que defendemos,  
de la fama que intentamos.  
Los capitanes estamos  
juntos aquí; consultemos  
lo que en tan preciso caso

cada uno siente y desea;  
pero con tal que no sea  
dar atrás un solo paso.

GONZALO: Gran señor, temeridades  
que traen consigo imposibles  
causan desastres terribles  
y anuncian adversidades.

Cinco ejércitos están  
a nuestra vista de infieles;  
contra tantos, ¿qué laureles  
trece mil conseguirán?

De doscientos y cincuenta  
mil moros consta el blasfemo  
campo, que de extremo a extremo  
sumas que agotan su cuenta,  
cubren valles y collados,  
como nosotros nacidos  
en nuestra España, escogidos  
y en guerra experimentados,  
veinte mil moros le toca  
a cada cual portugués,  
que aunque de manos y pies  
se la ataran, a la poca  
gente que la cruz ampara  
de tus leales vasallos,  
sólo para degollallos  
tiempo y manos nos faltara.

Extiende, señor; los ojos  
por los campos, verás olas  
moriscas más que amapolas  
llenos de bonetes rojos;

tentar a Dios no es cordura;  
acometer, perdición;  
morir, desesperación;  
buscar milagros, locura.

Todo tu ejército pierde  
el ánimo, y no me espanto,  
porque entre bárbaro tanto,  
que agosta su sitio verde,  
cuando cada moro arroje

sólo una flecha no más,  
¿cómo resistir podrás  
doscientas mil? No te enojés,  
pues pides mi parecer,  
que mi lealtad te aconseje  
que aquesta empresa se deje,  
pues a veces suele ser  
más valor el retirarse  
que alcanzar mucha victoria.

ALFONSO: Diga Muñiz.

EGAS: Si es notoria  
la pérdida, el despeñarse,  
gran señor, no es valentía;  
aguardemos que se ausente  
el sol, y entonces tu gente,  
sin manifestarla él día,  
podrá entrarse en Santarén,  
que si el moro la cercare,  
lo que su sitio durare,  
como avisados estén  
el de Castilla y León  
con el navarro, no hay duda  
que vengan en nuestra ayuda  
sin que falte el de Aragón;  
y entonces a la campaña  
podrás seguro salir,  
y victorioso lucir  
la restauración de España.  
Demos al tiempo lugar,  
si admites mi parecer,  
que el dilatar no es temer,  
prudencia, sí, el conservar.

PEDRO: Esto tu ejército pide,  
esto tu gente responde.

UNOS: Retirar, excelso conde.

OTROS: Retirar.

ALFONSO: Cuando se mide  
con recelos aparentes  
lo que el temor dificulta,  
rara vez de la consulta



salen acciones valientes.  
Algo habemos de dejar  
a la Fortuna, soldados;  
mas ya estáis determinados  
al huir o al retirar,  
déjenme solo en mi tienda,  
que otra consulta me falta  
más útil, cuanto más alta.  
Cuando sus horrores tienda  
la nocturna obscuridad  
a juntaros volveré,  
y entonces abrazaré  
lo que vuestra voluntad  
resolviere.

EGAS: Gran señor,  
Santarén es una villa  
inexpugnable.

ALFONSO: Esa silla  
me acercad.

PEDRO: Tiempo mejor  
el cielo te ofrecerá.

*Asiéntase ALFONSO*

ALFONSO: Dadme esa Biblia y dejadme  
A solas. Egas, cerradme  
la tienda.

EGAS: Cerrada está.

*Vanse, dejando solo al conde ALFONSO, asentado con la  
Biblia en las manos*

ALFONSO: A aconsejarse con vos  
mi fe, libro santo, viene,  
pues cuanto en vos se contiene  
te escribió el dedo de Dios.  
Consultémonos los dos,  
que por la parte que abriere,

lo que primero leyere  
eso tengo de seguir,  
que vos no sabéis mentir  
ni errará quien os creyese,

*Ábrela y lee*

*"Hi in curribus et hi in equis:  
autem in nomine Domini Dei nostri  
invocabimus."*

¡Qué pronóstico, aunque breve,

tan propicio a mi valor.  
Aliéntame el rey cantor  
en el salmo diez y nueve;  
dice que el alarbe aleve  
y los que nos desafían,  
en las máquinas se fían  
de sus carros y caballos,  
y en multitud de vasallos  
que contra el bautismo envían;  
mas porque ningún siniestro  
riesgo nuestra dicha asombre  
invocaremos el nombre  
del grande Señor, Dios' nuestro.  
¡Oh profeta, rey, maestro  
de la milicia mayor,  
vos nos quitáis el temor,  
nuestras medras confiamos,  
en el nombre que invocamos  
de nuestro Dios y Señor.

*Lee*

*"Ipsi obligati sunt et ceciderunt:  
nos autem surreximus et erecti sumus."*

Prosigue el profeta santo:  
"Ellos nos acometieron,  
pero postrados cayeron  
entre el horror y el espanto;  
nosotros, que a nombre tanto  
como el de Dios aplaudimos,  
restaurándonos vencimos,  
sus escuadrones postramos,  
triunfantes nos levantamos,  
y blasfemos oprimimos."

*Lee*

*"Domine salvum fae regem: exaudi  
nos in die, qua invocaverimus te."*

Remata el salmo pidiendo  
que libre al rey que le invoca,  
que el corazón en la boca  
el alma le está ofreciendo.  
Yo de esta suerte lo entiendo,  
que le dé audiencia en el día  
que invocándole se fía,  
no en las armas, que es en vano,  
en el nombre soberano  
de Jesús y de María;  
que al rey conserve seguro  
pide el huésped de Sión.  
No soy rey yo, ni blasón  
tan arrogante procuro,  
conde sí, defensa y muro  
de Portugal, Dios su dueño,  
que de tan preciso empeño  
tiene de sacarme airoso.  
¡Oh, cansancio fastidioso,  
venció mi sentido el sueño!

*Duérmese. Tocan al arma y dicen dentro los  
versos siguientes y sale después GERALDO con el traje que en*

*la cueva, y se levanta don ALFONSO medio despierto sacando la  
espada, y detiéndole GIRALDO*

UNO:            ¡Al arma, invencible Alfonso!  
                  Que el ejército morisco  
                  asalta nuestras trincheras.

TODOS:        ¡Al arma!

ALFONSO:        Nombre benigno,  
                  nombre de Jesús glorioso,  
                  aceite en tierra vertido  
                  por la ingratitud hebrea,  
                  siendo la cruz vuestro olivo,  
                  favoreced nuestro celo.

GIRALDO:      Detente, joven invicto,  
                  sosiega el pecho y repara  
                  si acaso otra vez me has visto.

ALFONSO:      ¡Óh, senectud milagrosa!  
                  ¿No eres tú el que entre los riscos  
                  andando yo derrotado,  
                  tesoro te hallé escondido;  
                  el que, con sabios consejos,  
                  con celestiales avisos,  
                  mis pasiones refrenaste  
                  despertando mis sentidos;  
                  el que, cual perla en la concha,  
                  en el peñascoso hospicio,  
                  alma de su oscuro centro,  
                  cerrándote en sus retiros  
                  me advertiste ser en vano  
                  buscarte hasta que el peligro  
                  mayor ocasión te diese  
                  de volver a verme?

GIRALDO:        El mismo,  
                  el propio soy, claro Alfonso.  
                  Giraldo fue mi apellido,  
                  en la milicia estimado  
                  y en los yermos reducido.  
                  No temas la multitud  
                  de bárbaros, si, infinitos,

tú Alcides, ellos pigmeos,  
te asaltaren fementidos.  
A Senaquerib mató  
el celestial paraninfo  
ciento ochenta y cinco mil  
blasfemos, como él asirios.  
Trecientos solos hebreos  
con Gedeón su caudillo,  
destrozaron de Madián  
los innumerables hijos;  
la mandíbula, en la mano  
del nazareno prodigio,  
dio muerte a mil filisteos.  
Dios, Alfonso, te es propicio;  
cuando oigas dentro tu tienda  
el favorable sonido  
de una campanilla sacra,  
sal al espacioso sitio  
de ese campo, alza los ojos,  
que cuando los tengas fijos  
en esos globos de estrellas  
que, engastadas en zafiros,  
rosas del jardín celeste  
le sirven al sol de anillos,  
verás lo que a la experiencia  
y a tus venturas remito.  
No se atreve mi silencio  
a más que esto, que no es digno  
lenguaje mortal y humano  
a explicar lo que es divino.  
Alienta--¡oh gran portugués!--  
el pecho, pues te ha escogido  
la Omnipotencia monarca  
para que, en futuros siglos,  
por casi cien lustros tengan  
sus sucesores invictos  
el portugués solio regio,  
ellos ramas, tú el principio.  
Ya tiemblan de sus espadas  
la Etiopía, junto al Nilo;

en Arabia el mar Bermejo;  
en Asia, el Ganges y el Indo.  
Reinará tu descendencia  
hasta parar en Filipo,  
segundo en los castellanos  
y en el portugués dominio  
primero, el sabio, el prudente,  
y tras él, el santo, el pío,  
tercero en los de este nombre,  
heredando su apellido,  
con dos mundos a sus plantas,  
el cuarto, el grande, el temido.  
Esto te promete el cielo,  
esto en su nombre te digo;  
¿quién se atreverá a tus armas,  
si Dios es tu patrocinio?

*Vase*

ALFONSO: Profético viejo, espera;  
alienten tus vaticinios  
pechos que, aunque belicosos,  
temen tan arduo conflicto.  
¡Oh nombre siempre inefable!  
¡Oh grano eterno de trigo  
que en Belén, casa de pan,  
de la espiga virgen quiso  
nacer, para que muriendo  
en heredad del bautismo,  
produjese mieses tantas  
como la fe ampara hijos!  
Pan que maná en el desierto  
tierno, sabroso y meliflúo,  
fortaleció cuarenta años  
el pueblo fiel contra Egipto.  
Pan que contra Jezabeles,  
viático en el camino  
de Oreb, alienta al profeta  
celador y palestino,

Pan panal, que, león primero,  
cordero ya puro y limpio  
de la boca formidable  
para Sansón almena hizo;  
pan que asegura victorias,  
a Abraham contra los cinco  
reyes infieles, que a Lot  
osaron llevar cautivo,  
en vos solamente espero,  
en vuestro nombre confío,  
en virtud vuestra me aliento,  
yo en vos y vos conmigo.

*Tocan dentro chirimías y una campanilla*

¡Ay. cielo! Ésta es la señal  
que el venerable me dijo.  
Salgo temblánddme el alma  
al campo, aplazado sitio.  
¡Qué densas obscuridades  
al cielo entristecen viudos  
del sol, su esposo, que a medias  
parte con él luz y giros!  
Pero, válgame su amparo;  
un rayo cuanto benigno  
luciente, sirve de Apolo  
a sus cóncavos recintos,  
cabellos de Ofir y Arabia  
peine en el aire dormido  
y entre el ocioso silencio  
regocijan sus bullicios.

*Suena música y sobre un trono muy curioso baje  
un niño, que haga a CRISTO crucificado, con la decencia que  
está advertida*

ALFONSO: Ya se añaden esplendores  
que en su oriente cristalino  
perfilan nubes, espejos

cada cual un sol de vidrio  
sobre un querúbico trono  
escabel de sus vestigios,  
ángeles son pedestales  
de un piadoso crucifijo.

*La capilla cante "Christus regnat," y  
ténganse de rodillas*

Postraos, alma; postraos, cuerpo;  
ojos de este objeto indignos,  
reverenciadle humillados,  
que yo con la fe le miro.

CRISTO: Alfonso Enríquez, no temas  
pelea, yo estóy contigo.  
Si a los infieles asaltas,  
vencerás en nombre mío.

ALFONSO: ¡Oh, serpiente misteriosa  
de aquel metal peregrino,  
humano; por mis pecados  
si por vuestro ser divino,  
que en el desierto de un monte  
os colocan los heridos  
del áspid que venenoso  
irritaron vuestros vicios!  
¡Oh Juez, ya todo clemencia,  
que para perpetuo olvido  
de las locuras humanas,  
aunque al mundo habéis venido  
a residenciar culpados,  
sois de suerte compasivo  
que os echáis a las espaldas  
la vara de los castigos!  
¡Oh pan que levanta el biello  
de la cruz en fe que limpio  
dice la vil sinagoga  
*mitamus in panem lignum.*  
¡Oh fruto de promisión!  
Pues en vos goza el racimo



de la vid de ese madero,  
la iglesia, Moisés su tipo,  
exprímaos la cruz lagar,  
amáseos la cruz, mi Cristo,  
porque en la mesa os gocemos  
juntamente pan y vino.

*Los ojos en tierra*

Mas no, mi Dios; no, mi amante;  
no, mi bien, no necesito  
veros con ojos corpóreos  
mientras en la tierra vivo;  
dejad que mi fe os merezca  
deseándoos mis suspiros,  
creyéndoos con mis afectos,  
no viéndóos mis ojos tibios;  
a vuestro glorioso trono  
estas venturas remito,  
aquí, mi Dios, se merezca  
que allá os gozaré infinito.

CRISTO: Alfonso, alabo tu celo,  
agradezco tus servicios,  
tus afectos me enamoran,  
finezas tuyas estimo;  
no disminuyo tu fe,  
que el haberte aparecido  
en la cruz corporalmente  
es por que, habiéndome visto,  
te fervorice mi amor  
..... [-i-o]  
tú y tu gente, y animosa  
postréis a mis enemigos.  
Buscáronte tus vasallos,  
si con temor al principio,  
ya por mi de esfuerzo llenos,  
porque en sus pechos asisto;  
su rey han de coronarte  
de Portugal; mis auxilios

son impulsos de esta acción,  
no procures resistirlos.  
Las armas que a Lusitania  
otorga mi amor propicio,  
en cinco escudos celestes  
han de ser mis llagas cinco;  
en forma de cruz se pongan,  
y con ellas, en distinto  
campo, los treinta dineros  
con que el pueblo fementido  
me compró al avaro ingrato,  
que después, en otro siglo,  
tu escudo con el Algarbe  
se orlará con sus castillos.

*Desclava la mano diestra y dale la bandera con las  
armas que ha de traer uno de los ángeles*

Yo te las doy de mi mano,  
yo con mi sangre te animo,  
yo tu estandarte enarbolo,  
yo victorioso te afirmo.  
¡Alfonso, al arma! Debela  
a un tiempo alarbes y vicios.  
Reinarás en Lusitania,  
y eterno después conmigo.

*Música, y desaparece*

ALFONSO: Mi Dios, ¿esperanzas tales?  
Tal favor, tales cariños,  
¿qué no engendrarán de alientos,  
qué valor no, qué no bríos?  
¿Quién por otro gusto os deja?  
¿Quién al amoroso silbo  
de tal pastor, tal amante  
no pone al mundo en olvido?

## *De dentro*

TODOS: ¡Arma!

ALFONSO: Ya apellidan mis soldados  
el combate.

EGAS: ¡Alfonso invicto,  
al arma, al acometer!

GONZALO: ¡Muera el bárbaro morisco!

*Salen don GONZALO, don PEDRO, don EGAS, y todos los  
portugueses que pudiesen*

PEDRO: Gran señor, toda tu gente  
pide la batalla a gritos.  
Cada cual es un león,  
si hasta aquí cordero ha sido;  
no los dejes entibiar.

ALFONSO: Hoy del Apóstol divino,  
heroico patrón de España,  
de nuestro Redentor primo,  
es el día venturoso;  
su nacimiento, festivo  
celebra la fe y la Iglesia  
lo mismo es que su martirio.  
Tantas dichas y favores  
en un día a un tiempo mismo,  
¿qué victorias no prometen?  
Aqueste estandarte, amigos,  
estas armas consagradas,  
que de los granates ricos  
de la redención del hombre  
púrpura eterna ha teñido,  
bajá a honrar nuestra corona  
desde el, alcázar impíreo;  
seis ángeles las pintaron,  
mi Dios su artífice ha sido.  
Venérenlas por más noble,  
de hoy más los franceses lirios,

las barras aragonesas,  
los leones y castillos.  
Eternizarlas promete  
por años, lustros y siglos,  
la omnipotencia del cielo;  
quien nos las dio fué Dios mismo.

EGAS:       Pues si Dios a Portugal  
con armas ha enriquecido,  
rey se sigue que tengamos,  
rey en su nombre pedimos.

### *Trompetas*

UNOS:       ¡Viva Alfonso, rey primero!  
OTROS:      ¡Viva Alfonso, rey invicto!

*Música y sube don GONZALO en un pavés,  
y levántanle en alto*

GONZALO:    Portugueses, levantadle  
sobre ese pavés conmigo.

TODOS:      ¡Portugal por don Alfonso!

ALFONSO:    Ni repugno, ni resisto  
porque sé que Dios lo ordena,  
puesto que yo no sea digno.  
Portugueses valerosos,  
alentaos, apercibíos  
para cuando nazca el sol  
en brazos del alba niño  
a envidiar vuestras hazañas.

TODOS:      ¡Viva Alfonso esclarecido!

ALFONSO:    Mi Dios, mi crucificado,  
¿qué más vivir que serviros?

*Vanse. Sale BRITO de moro gracioso*

BRITO:       Hambriento de carne mora,

el día que no la mato  
o de engañarla no trato,  
ando mustio. A la Leonora  
desemperramos ayer  
y con su Muñiz está.  
Cercado el moro nos ha  
celoso por la mujer;  
pues antes que el sol los riscos  
aforre de su oropel,  
a pesar del Ismarrel  
me he de almorzar dos moriscos.  
Aún me vengo enmahometado  
en mi alquicel y bonete,  
y con el nombre de Hamete  
a su ejército he llegado.  
Dios me la depare buena;  
que si a dos o tres engaño,  
haremos, año, buen año  
para el almuerzo y la cena;  
mas, hételos a los dos  
que al cielo mi hambre pedía.

*Salen un ALFAQUÍ y otro MORO*

ALFAQUÍ: No escapará de este día  
el cristiano.

MORO: Siendo vos  
morabito y alfaquí,  
habráoslo ya revelado  
Mahoma.

ALFAQUÍ: De él he alcanzado  
su destrozo.

BRITO: (Perro, así, **Aparte**  
pues, estaos en ese tema,  
que ambos me lo pagarés.)  
¡Ah de los moros!

ALFAQUÍ: Quién es?

BRITO: Buzterona Alá y Salema.

*Hace una reverencia muy grande*

¿Quién es vuesa morería  
que anda a estas horas en vela?

ALFAQUÍ: ¿Quién sois vos?

BRITO: Só centinela  
y hasta ahora he sido espía.

ALFAQUÍ: Yo tengo por Alfaquí  
licencia.

BRITO: No se debate,  
moro alfaquíes a alfayate,  
de ese preito más aquí,  
que ya mi enojo se apraca  
y es josticia que os respete.

ALFAQUÍ: ¿Llamáisos?

BRITO: El moro Hamete.

MORO: ¿Hamete?

BRITO: Hamete y Hasaca,  
porque he sido pirinola.

ALFAQUÍ: Púes bien, ¿qué nos queréis?

BRITO: Que penitencia me deis  
de una culpa que, aunque es sola,  
es la tal culpa mayor  
que dos puños.

ALFAQUÍ: ¿Contra Alá?

BRITO: Contra allá y contra acullá,  
que soy grande pecador.

ALFAQUÍ: Pues yo que soy alfaquí  
y el Alcorán he estudiado,  
si me decís el pecado  
sabré el remedio.

BRITO: Comí  
cuatro libras de jamón.

ALFAQUÍ: ¿Y qué es jamón?

BRITO: ¿Qué? Tocino.

ALFAQUÍ: Quitaos de allí.

*Escupen con asco*

BRITO:                    Y más que vino  
con chorizo, salchichón  
    y una morcilla por cabo  
de escuadra, pero no fracá,  
porque dije, si se saca  
un cravo con otro cravo,  
    ya que hice tal desatino,  
porque Mahoma se apraque,  
no es mucho que también saque  
un tocino a otro tocino,  
    y más que hubo vino y pan.

*Van andando los tres*

ALFAQUÍ:    Tal bebida y tal vocablo  
el Alcorán lo ha vedado.

BRITO:      Si le vedó el Alcorán,  
    por eso vos pido yo  
el perdón por mi dinero;  
pero decidme primero:  
Mahoma, cuando mandó  
    al moro que nunca coma  
tocino, ¿por qué se ofende?  
¿De qué manera se entiende  
el tocino de Mahoma?  
    Porque hay mucha distinción;  
según lo que yo imagino,  
entre el jamón y el tocino  
y no mos quita el jamón  
    el que al tocino mos quita.

MORO:      Pues ¿no es una carne propia?

BRITO:      Ésa es muy gentil gazopia.  
Vamos andando. Limita  
    nueso profeta arriero  
todo manjar embarazo,  
el jamón es un pedazo  
y el tocino es todo entero,  
    si no, escochar la razón.

Quien dice, "compre un tocino,"  
entero a llamarle vino.

Quien dice, "Compre un jamón,"  
dice un pedazo, esto es vero,  
y así la ley de Mahoma  
manda que nadie se coma  
un tocino todo entero.

ALFAQUÍ: Pues ¿quién le había de comer  
entero?

MORO: (Bien lo adjetiva.) **Aparte**

BRITO: Mahoma nunca nos priva  
de lo que es fácil de hacer;  
mas de lo imposible si,  
que es su ley muy apacible,  
y como es tan imposible  
que un tocino quepa en mí  
todo entero, hay privación  
del tocino y no ha lugar  
en no poderse almorzar  
lo menos, que es el jamón.

Pero dejando esto a un lado...

ALFAQUÍ: Vos blasfemáis o estáis loco.

*Andando poco a poco hacia el vestuario*

BRITO: Vamos andando otro poco;  
el vino me da coidado,  
que es argumento distinto,  
porque Mahoma en su estanco  
no dijo tinto ni branco.

ALFAQUÍ: Privónos del blanco y tinto.

BRITO: Sí; mas para remediarlo  
y comprir su mandamiento,  
siempre que a beber me asiento  
hago voto de mezclarlo,  
conque no le ofendo en nada  
ni hay en qué culparme pueda,  
que si el branco y tinto veda  
no veda la calabriada.



MORO:           ¿Adónde nos alejáis  
del ejército? ¿Qué hacéis?

*Echa mano*

BRITO:       Adonde, aunque más gritéis,  
ningún socorro tengáis.

      Coma tocino o no coma,  
      alfaquín dell anticristo,  
      o adorar en Jesucristo  
      y errenegar de Mahoma,  
      o aparejar el garguero.

ALFAQUÍ:     Luego, ¿no eres moro?

BRITO:               ¿Cómo,  
si almorzándome un solomo  
me bautizó un tabernero.

      Acabar, que estó de prisa,  
      y alargarme los gaznates.

ALFAQUÍ:     Cristiano soy, no me mates.

BRITO:       Pues quedárseme en camisa  
      que ese ropaje es morisco  
      y quien cristiano ha de ser  
      cristianas tien de traer  
      las ropas.

MORO:           ¿Y éstas?

GRITO.               Al cisco.

      Acabemos.

ALFAQUÍ:           ¿Que al fin pudo  
      burlarnos un portugués!

BRITO:       ¡Ropa afuera! ¡Acabar, pues!

ALFAQUÍ:     Ya acabo.

MORO:           Ya me desnudo.

*Desnudándolos saca al uno una servilleta y en  
ella un pedazo de jamón, y al otro una botella  
llena*

BRITO:       Hasta quedar en pelota.

      ¿Qué hay en este borujón?  
      Un pedazo es de jamón.

Sigan. ¿Y estotro? Una bota.  
Pues, hipócritas, picaños,  
alcahuetes de la gula,  
¿jamón y vino sin bula?  
¿sois vosotros ermitaños?

*Tráiganlo al cuello debajo de la  
ropa*

Buenas reliquias al cuello  
contra los rayos colgáis;  
por Dios, si no os bautizáis,  
que os he de pringar con ello.  
Éntrense en esa bodega  
donde moros deposito  
a quien ropa y vidas quito;  
que si cada cual me ruega  
que le deje cristianado,  
un tabernero vecino  
lo hará, pues, bota y tocino  
es tenerlo más andado.  
Entrar, señor alfaquín,  
mientras con llave los cierro.

*Dales*

ALFAQUÍ: ¡Mahoma!  
BRITO: ¿Qué dice el perro?  
MORO: ¡Alá!  
BRITO: ¿Qué gime el mastín?  
Galgos, entrar y chitón,

*Éntranse*

mientras hacer determino  
gorgoritos con el vino,  
pinitos con el jamón.

*Come, bebe y vase. Salen don ALFONSO, don EGAS, don PEDRO, y don GONZALO*

ALFONSO: Cumplir las obligaciones  
del alma en primer lugar,  
animosos portugueses,  
y alcanzaréis lo demás.

EGAS: Ya todos, rey generoso,  
confesados, llorado han,  
sus culpas y en el convite  
incruento del altar  
han recreado las almas.

ALFONSO: Pues en fe del sacro Pan,  
Sol que entre nubes se absconde,  
Ambrosía celestial,  
Cordero cuando Pastor,  
Amor que acechando está  
por viriles y canceles  
de ese cándido cristal,  
la victoria os aseguro.  
Dioses sois si a Dios lleváis.

*Sale ISMAEL con alfanje y adarga*

ISMAEL: Alfonso desvanecido,  
rey de un instante no más,  
que te coronaste anoche  
por que llegues a juntar  
el laurel a tus cipreses,  
los gozos con el pesar,  
¿qué esperas que no te rindes?  
Cercado, mísero, estás  
de trescientos mil infantes,  
tigre hambriento cada cual;  
no necesitan de flechas,  
no de alfanjes que esmaltar  
en sangre que el temor hiela,

que a soplos os matarán.  
Yo mismo vengo en persona,  
compasivo de tu edad,  
a que uses de mi clemencia,  
acción que no hice jamás.  
Dame a Leonora por dueño,  
desocupa a Portugal,  
niega la ley del bautismo,  
sigue la de mi Alcorán,  
casaréte con Celima,  
deuda mía, y poseerás  
a Jerez de Extremadura  
en dichosa y quieta paz.

ALFONSO:     ¡Oh, bárbaro descreído,  
que, descendiente de Agar,  
su esclavitud, es tu herencia,  
pues ella lo fue de Abrahán!  
¿Tú persuadirme a que siga  
la secta torpe y bestial  
de tus bárbaros errores,  
de tu profeta infernal?  
Saca el frenético acero,  
que presto en éste verás  
cuán poco te favorece  
tu blásfema impunidad.

ISMAEL:     Aguarda, desvanecido.

### *Pelean los dos*

Mis alarbes, ¿qué esperáis?  
Segura tenéis la presa;  
sino es que saben volar,  
no se os irá de las manos.

### *Tocan al arma*

ALFONSO:     Ea, héroes de Portugal,  
¡cierra España, Santiago!

¡Que en su fiesta peleáis!

*Peleando entran; y salen ALFONSO peleando, EGAS  
contra los Moros y peleando se entra, luego sale doña LEONOR  
peleando, lo mismo los demás*

MORO:        ¡Viva Ismael invencible,  
nuevo sol, segundo Alá,  
competidor de Mahoma!

OTRO:        Aquí de nuestro Alcorán;  
que este prodigio del cielo,  
este español Anibal,  
este Hércules portugués  
es de bronce.

LEONOR:        Hoy vengarán  
mis enojos a mi padre.  
Canalla torpe, esperad  
a una mujer portuguesa,  
porque a sus pies advirtáis  
que hay Semíramis cristianas,  
que amazonas castas hay,  
que hay en Portugal Minervas,  
prodigios de nuestra edad.

*Éntrese tras los MOROS, y sale GIRALDO  
peleando con el mismo traje*

GIRALDO:    En defensa de la cruz,  
justo es, canas, que volváis  
al ya jubilado acero,  
pues Dios aliento nos da.

*Vase peleando. Sale don ALFONSO con la bandera de  
sus armas siempre, y don EGAS contra los MOROS, y éntrese  
don ALFONSO peleando y también los demás  
Portugueses*

ALFONSO: Ea, valiente Muñiz;  
ea, valeroso Páez;  
fuerte Amaya, Fría, Coutiño,  
Viegas noble, destrozad,  
romped, seguid los infieles.  
Hierba es inútil que está  
esterilizando torpe  
la católica heredad.  
Segadores de la iglesia  
sois, su cizaña arracad,  
que Dios, padre de familias,  
os apercibe el jornal.  
De sus llagas soy alférez,  
Cristo es nuestro capitán,  
¡vivan con tanto caudillo  
las quinas de Portugal!

*Éntranse peleando. Sale BRITO tras los  
MOROS*

BRITO: Pollos con agraz por julio  
diz que es sabroso manjar;  
pues en el temor sois pollos  
yo he de poner el agraz.  
Vaya agora aqueste grumo.

*Dales y caen*

UNO: ¡Ay, Mahoma!  
BRITO: ¡Y como que hay!  
Hendo buñuelos de azufre  
en el entresuelo está.  
OTRO: Huye de este fiero lobo.  
BRITO: No por ahí, por acá:

*Acuchilladas los mete en la cueva*

métanse en la ratonera  
donde los chero embolsar  
para her de ellos baratillo.  
Aquéste se llama ¡zas!

*Dales*

OTRO:        ¡Alá,,favor!  
BRITO:        Allá busca,  
              pues por aquí van allá.

*Éntranse peleando. Salen todos de  
marcha*

ALFONSO:    Murió el blasfemo Ismael.  
TODOS:       ¡Victoria por Portugal!  
ALFONSO:    ¡Victoria por. nuestras quinas!  
GONZALO:    Huyendo los moros van.  
PEDRO:       Innumerables han muerto.

*Ponen la bandera de las quinas en un trofeo eminente,  
y al colocar la cruz toquen chirimías y todos se  
hincarán de rodillas cuando lo diga don  
ALFONSO*

ALFONSO:    Esas armas colocad,  
              católicos portugueses,  
              sobre nuestro trono real.  
              Postrar todos las rodillas.  
              ®Cruz santa que al Leviatán  
              mortífero nos rendistes,  
              árbol del segundo Adán,  
              que la fruta del primero  
              venenosa, remediáis  
              con ese engerto pendiente,  
              Dios eterno, hombre mortal;  
              llagas por mi bien abiertas,

aunque las abrió mi mal,  
que hasta vuestro corazón  
la entrada nos franqueáis,  
vuestra ha sido esta victoria;  
triunfad, mis llagas, triunfad,  
y eternice en vuestras quinas  
sus blasones Portugal."

*Levántanse y música*

Premiemos ahora, amigos,  
hazañas que el lauro os dan.  
Yo he prometido a la cruz  
una orden militar.  
Las aves que el vuelo alzaron  
cuando nos dieron señal  
de esta vitoria celeste  
también a esta Orden darán  
nombre que no eclipse el tiempo;  
que, aunque de Alcántara es ya,  
las aves del vaticinio  
de Avis la han de intitular.  
Sed vos su primer maestro  
su caudillo y capitán,  
valiente Gonzalo Viegas.

GONZALO: Feliz si tus pies me das.

ALFONSO: A vos, que en vejez dichosa,  
Giraldo, pronosticáis  
laureles hoy conseguidos,  
os tengo de presentar  
para arzobispo y pastor  
Bracarense.

GIRALDO: Ya mi edad...

ALFONSO: Basta; haráme esta merced  
la romana santidad.  
Gonzalo Méndez de Amaya  
adelantado será  
mayor, pues lo es en sus hechos,  
del reino de Portugal.



GONZALO: Siglos en vez de años cuentos.

ALFONSO: A vos también, Pedro Páez,  
mi arferez mayor os nombro.

PEDRO: Premio es de tu mano real.

ALFONSO: Déle a don Egas Muñiz  
por amante y por leal,  
Leonor la mano de esposa;  
pues es de mi casa ya  
caballerizo mayor.

EGAS: Llegó mi felicidad  
a lo sumo del deseo.

ALFONSO: Y a doña Elvira Gualtar,  
un tiempo amoroso hechizo  
de mis años, mejorar  
supo afectos religiosa,  
Teresa y Urraca están  
á mi cargo y son mis hijas;  
la primera casará  
con don Fernando Martínez,  
Marte en guerra, Numa en paz,  
siendo señor de Braganza,  
y la segunda tendrá  
al noble don Pedro Alfonso  
de Viegas, nuevo Anibal,  
por consorte esposo y dueño.  
Ya surca Matilde el mar,  
bella infanta de Saboya,  
para que pueda reinar,  
como mi esposa en mi pecho,  
como sol en Portugal.

### *Sale BRITO*

BRITO: Vengan a la almoneda.

ALFONSO: ¡Brito!

BRITO: ¿Chérenme comprar  
para agujetas de perro,  
porque si no rabiarán,  
una hacina de moriscos?

ALFONSO: ¿Haslos muerto tú?

BRITO: Verá

si soy médico perruno,  
¿quién los había de matar?

ALFONSO: Doyte por cada cabeza  
cien cruzados.

BRITO: Pues cruzán  
y vayan grande con chico,  
hételos adónde están,

*Descubre un montón de moros muertos unos sobre  
otros en diferentes posturas*

ALFONSO: Cobarde valiente fuiste,  
mayores premios tendrás.  
De tu aldea eres señor.

BRITO: Pues no me pienso casar.

ALFONSO: Vamos al templo celeste,  
a la mesa del Maná,  
a las aras del Cordero,  
al convite del altar,  
donde entre puros viriles  
la fe nos muestra al Isaac  
de su padre sacrificio,  
del mundo felicidad.  
Cantarále esta victoria  
himnos dulces en la paz,  
pues han triunfado en la guerra  
Las quinas de Portugal.

**FIN DE LA COMEDIA**

**Freeditorial** 